

Domingo 15 de julio de 2007

A boca de jarro

"Algún día voy a pintar"

Germán Frers (h.)

"Soy un ser afortunado, hago lo que siempre me gustó hacer: diseñar barcos, navegar y participar en regatas. No todos pueden hacerlo. Creo que mi vocación comenzó cuando era muy chico y escuchaba contar a Germán, mi padre, historias de veleros, de mar y de río. Comencé a dibujar barcos en su estudio, cuando todavía cursaba el secundario, a los 15 años", recuerda Germán Frers (h.)

Junto con el investigador Hernán Alvarez Forn y el editor Jorge Letemendía, acaba de presentar el libro Germán Frers, viajes, diseños, regatas, con las memorias que su padre escribió en 1985, un año antes de morir. Abarca siete décadas y muestra cómo, en los años 30, el yachting a vela argentino experimentó una revolución. Un grupo de entusiastas, entre los que se destacaba Frers padre, logró popularizar un deporte particularmente exclusivo.



—¿Cómo se forma un diseñador de barcos?

—Mi primer diseño fue el Mirage, a los 16 años. Una de las primeras embarcaciones hechas en el país con material sintético. Entonces no existía la carrera de arquitectura naval, pero en 1965 tuve la oportunidad de viajar a Nueva York, donde estaba la catedral de la arquitectura náutica, el estudio de Roderick Rod Stephens, uno de los diseñadores más creativos de todos los tiempos. Permanecí junto a él hasta 1968 y después me quedé trabajando en Nueva York. De esa época recuerdo anécdotas divertidas.

—¿Por ejemplo?

—Hacía poco que me había casado y con mi mujer vivíamos en un departamento muy chico. Una mañana vino a verme uno de los primeros clientes que tuve en la ciudad. Cuando llegó, mi mujer estaba en el baño y no se animó a salir. Mi cliente estuvo toda la mañana hablando conmigo del proyecto, se fue después del mediodía y mi mujer siguió allí, encerrada todo el tiempo. La otra historia es de una regata que pensábamos correr entre Annapolis y NewPort en el Beau Geste, un velero que había diseñado mi padre. Los tripulantes eran todos irlandeses, gente muy creyente. Largamos y al rato nos vimos envueltos en una tormenta feroz. Los tripulantes rezaban a los gritos y juraban que si conseguían llegar a puerto abandonarían la competencia. Eso me indignó, los acusé de faltos de agallas, poco marinos y no sé cuántas cosas más. El problema fue que uno de los tripulantes me había encomendado un trabajo. Cuando logramos llegar a puerto, todos lo abandonaron y a mí no me quedó otro remedio que

seguir el mismo camino. Después de anunciarles que no quería saber más nada de ellos, me fui a Buenos Aires porque se casaba un hermano. Cuando mi padre se enteró, me hizo ver lo absurdo de mi actitud. Entonces, arrepentido, pedí disculpas a mis cuestionados compañeros. Fui perdonado, lo que me permitió, además, retomar el encargo.

–¿Cuándo se puede decir que un barco está bien diseñado?

–Cuando es muy navegable, para lo que tiene que estar muy bien construido. Cuando es estéticamente atractivo, y forma y función crean un sistema integrado. He tratado de encontrar una palabra que defina un buen diseño y no es fácil. Un barco es algo muy complejo, pero sospecho que la palabra es armonía. En un diseño armónico todo confluye, no hay elementos de más, es un poco la definición de la buena obra de arte.

–¿Qué otra actividad le hubiera gustado desarrollar?

–Me hubiera gustado pintar. Me encanta la obra de los artistas del Quattrocento italiano: Piero della Francesca, Uccello, Masaccio, Botticelli, Lippi. También me gusta la música, pero algún día quiero ponerme a pintar, necesito la libertad que da ese tipo de arte.

–¿Cómo era su padre?

–Un ser muy especial con el que viví una muy buena relación. Un idealista que había abandonado la carrera de ingeniero cuando le faltaba sólo una materia para recibirse porque, sostenía, si se llegaba a recibir todos lo iban a llamar ingeniero y lo catalogarían así. Y se consideraba un artista. Aunque llegó a ser uno de los mayores diseñadores de barcos del mundo, ganar dinero siempre le pareció secundario. Con 86 años participó en la regata Buenos Aires-Río de Janeiro en el Fortuna II, y hasta último momento siguió dibujando, compitiendo y asesorando a los más jóvenes. Y tenía un particular manejo del tiempo: siempre llegaba en el último minuto, con el corazón en la boca. "Deberían engañarme y decirme que la regata se larga unos días antes", bromeaba.

–¿Algo que le gustaría agregar?

–Ayudar a aclarar un embrollo (se ríe). Porque la costumbre de llamar Germán al primer hijo creó errores y confusiones en cuanto a la edad y la trayectoria de cada uno de nosotros. Mi hijo, Germán Frers, también diseñador y navegante, que nació en Nueva York en 1969, a su vez es padre de otro Germán Frers, mi nieto, nacido en Milán en 1999. En cuanto a Germán Frers, mi padre, formó parte de la tercera generación de descendientes en línea directa de Johan Gotthiff Hermann Frers, que desembarcó en el puerto de Buenos Aires el 10 de diciembre de 1843, en viaje desde Hamburgo. ¿Se entiende?

Luis Aubele

Link a la nota: http://www.lanacion.com.ar/nota.asp?nota_id=925824